

Tomado de *El tiempo principia en Xibalbá* de Luis de Lion

Llegó como jugando, brincando por todas partes sacudiéndoles los pantalones tierrosos a los hombres cansados, aburridos, asueñados; rascándoles la panza a los patojos; metiéndose debajo de las naguas

La gente entonces intentó desamontonarse, decirse algo, pero tuvieron que seguir juntos y callarse. Porque entonces ya no fueron ni el viento ni los coyotes y los chuchos los del ruido. Fue la misma gente. Oyeron cómo de repente sus dientes chocaron unos contra otros para sacarse chispas y calentarse, sintieron como se les quebraban los huesos y el pellejo se les chupaba como si quisiera ponerse al revés buscando algún sol que hubiera adentro. Las mujeres metieron a los patojos debajo de sus naguas deseando regresarlos al lugar de donde los habían sacado mientras los hombres se desamontonaron por un momento y, bailando, bailando, buscaron leña y atizaron el fuego. Pero fue lo mismo. De nada sirvió. Entonces, no atinando que hacer, congelados hasta los pensamientos, se acercaron otra vez a sus mujeres y sus hijos para calentarlos y calentarse con ponchos, con tusa, con costales, con sus cuerpos, con lo que hubiera a la mano. Del otro lado de las parees, de los cercos, los árboles tronaban enjutándose, buscándose con sus ramas, con sus hojas, queriendo hundirse en la tierra, juntarse a sus raíces, y los chuchos, desesperados, abrían portillos en los ranchos o se hacían un nudo entre ellos mismos. Pero pasó. Tamién se fue. todos oyeron, sintieron cómo al fin se levantó, echó sus costales de hielo a la espalda y se fue en dirección a donde se había ido el viento, por donde habían aullado los coyotes.

Entonces cayó sobre la aldea un tecolote mudo, zonzo, triste, un silencio tan espeso que no daban ganas de decir una sola palabra, dar un paso, respirar. Como si todos los ruidos se hubieran juntado y dado vuelta para darle forma a ese silencio que exigía más silencio. Un hombre, el más bravo del pueblo, el más diagüevo, otro no lo hubiera hecho, se desesperó tanto que hizo un disparo al aier. Todos respiraron. Pero fue peor. Porque enonces, después de haberse apagado el balazo, todo pareció como antes de la vida, como antes del mundo. Como en el tiempo de la nada. Una semilla que reventara era una bomba, un grillo que cantara una ametralladora. Los únicos que sostenían la vida, que aseguraban que había vida, eran los relojes con su tic tac en los altares de los santos. Pero empezaron a caminar lentamente, con una pereza de años, de óxido, de muerte. Y cuando las agujas horeras y las agujas minuterías se juntaron, el tic tac se calló. Entonces el miedo que estaba en el pellejo del presentimiento se volvió un animal que se puso a arañar, como los chuchos, en las puertas de los corazones.

•

Mentira que ese año el cielo fuera chicoteado tanto por los rayos que su pellejo azul se haya puesto negro, redondo como nacido, y que durante todo el invierno, no aguantando a contener su sangre muerta y para seguir viviendo allá arriba, se haya agujereado el cuerpo y haya dejado caer sobre la tierra, sobre toda la cara de la tierra, su lodo de vida muerta a chorros, a torrentes como por tubos prendidos en las nubes hasta vaciarse, borrando las casas, el pueblo, los caminos, arrastrando a mucha gente de la que sólo se encontraron después pedacitos de trapo, caites, huesos recién abiertos como heridas. Y que entonces, al terminar el invierno, el cielo que quedó haya sido otro, uno recién descubierto, cielo que bajó de más arriba, que se aproximó a la tierra hasta casi rozarla, limpio, sin nubes, estirado como ojo de indio, brillante, terrible como culo de botella, de donde caían los rayos del sol como leños aridendo. Mentiras que haa sido en ese mediodía de ese verano, en el minuto en punto en que se partía en dos para llegar a invierno, cuando el sol calienta más a la tierra y a la gente se le metía en los ojos, se les bajaba a la barriga y les incendiaba el bosque del vientre.

Sin embargo, lo peor de lo peor sucedió cuando todos sintieron hambre y quisieron comerse las gallinas y los pájaros muertos por el viento, pero al ir a recogerlos encontraron sólo las plumas de los cadáveres porque ya los perros habían devorado carne y huesos totalmente; entonces, se enfurecieron contra los perros y los agarraron, los amarraron y les apacharon la barriga para que arrojaran la comida, pero éstos los mordieron y tuvieron que abrirse heridas en los brazos para dar de beber de su sangre a sus mujeres, y las mujeres exprimirse las chichas para dar de su leche exhausta a sus maridos y a sus hijos, y luego, para aprovechar la oscuridad y el tiempo, los hombres trataron de meter sus pajaritos en los nidos de sus mujeres pero los pajaritos estaban muertos desde antes, estaban chupados como ratoncitos caídos desde hacía días en la trampa, como arrugadas culebritas enrolladas para siempre. Entonces, los pedazos de lengua que todavía les sobraban terminaron de comérselos las hormigas del miedo.

Y no hallando otra cosa que hacer, mejor decidieron acostumbrarse a la oscuridad y seguir mirando para donde siempre amanecía. Pero como ahora eran los segundos los de hule, empezaron a hacerse la señal de la cruz cuando se rozaban porque creyeron que tal vez ya estaban muertos desde hacía tiempo, pero que aún no se habían dado cuenta y se sintieron difuntos ya muy viejos que ahora sólo estaban espantando y espantándose, se sintieron ánimas de hombres que por ánimas sólo podían vivir en la oscuridad, y pensaron que si estaban velando la luz del sol era para dejar de seguir penando, ya que la oscuridad no les servía siquiera para hacer más muertecitos.

Y, entonces, para no seguir penando, decidieron inventar el día sólo en sus cabezas. . .

••

Otra cosa fueron tus padres que sí se rompieron sobre la tierra para que vos pudieras irte. Y te fuiste. Pero ya no volviste, te quedaste perdido en otra parte. Porque quien volvió fue tu sombra y cuando tu sombra entró a tu casa se encontró con que tu padre ya no estaba. Tu buey. Ciertamente que te fuiste al cementerio a ver donde lo habían enterrado y le llevaste alguna su flor y alguna su lágrima. Pero por compromiso. Porque pensaste que quien estaba abajo mirándote era el esqueleto de alguien que por casualidad te había hecho y que por casualidad te había heredado su apellido. Pensaste, te pensaste internacional y que bien pudiste haber nacido en otra parte de otro padre y no de éste que te había heredado la tierra de que vivís. Qué te importaba que se hubiera ido la mitad de un mundo que siempre te había sido extraño. Te quedaba la otra mitad. Y muerta ésta, sólo vos navegando sobre la aldea como un globo que nunca puede tocar tierra.

Pero a ella tampoco la lloraste. Esa sirvienta tampoco merecía una lágrima. Lo que sí te dolió fue tu soledad, tu no tener quien te sirviera mientras vos soñabas con ese mundo ajeno a tu aldea.

Ahora venís del cementerio. Al fin te acordaste que tenías padres. Que necesitaban una su flor, una su cruz. Lo que no sabés es que a quien adornaste fue a tu único padre, a tu única madre: la muerte, tu muerte.

Porque vos nunca fuiste hijo de tu padre, menos de tu madre.